

(4 PLIEGOS)

BIBLIOTECA MODERNA



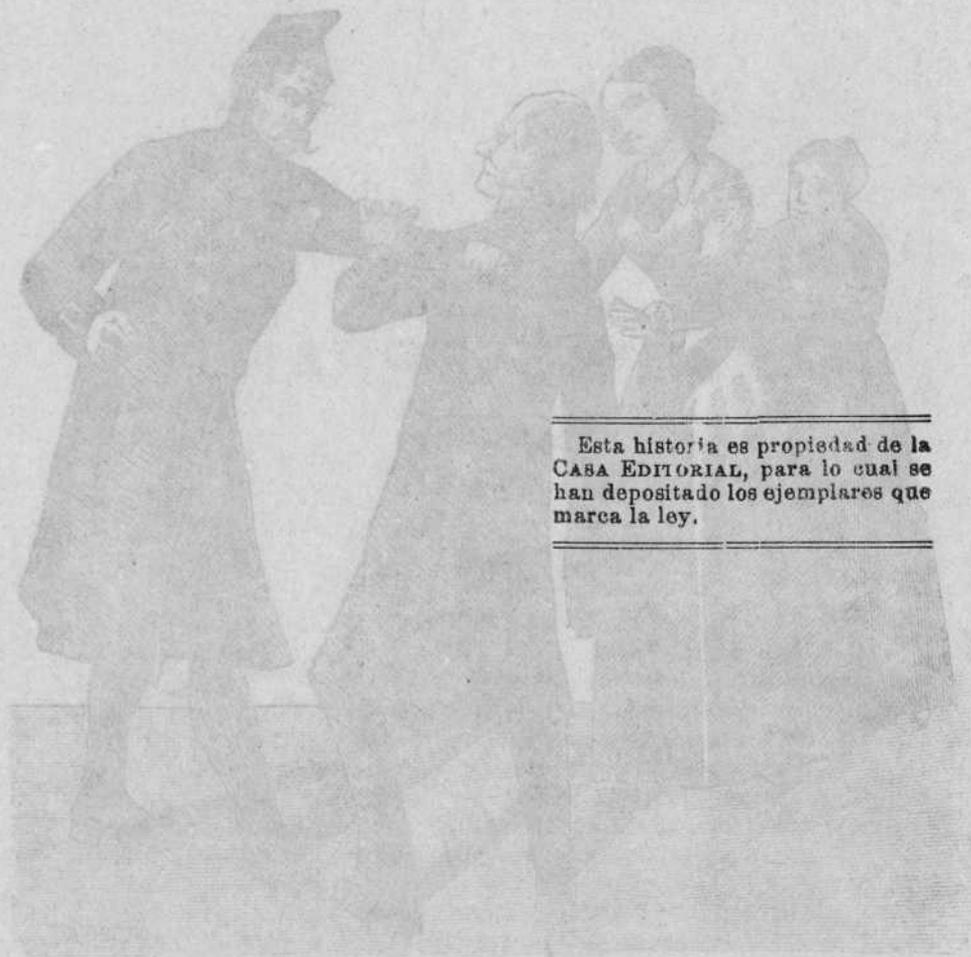
NUEVA HISTORIA

DE

EL JUDÍO ERRANTE

(A PLIEGOS)

BIBLIOTECA MODERNA



Esta historia es propiedad de la
CASA EDITORIAL, para lo cual se
han depositado los ejemplares que
marca la ley.

NUEVA HISTORIA

DE

EL JUICIO TERRA NTE

MADRID.—Imp. Universal, Cabestreros, 5.

NUEVA HISTORIA
DE
EL JUDÍO ERRANTE

PREFACIO

Terminaba el mes de Septiembre del año 1831.

El estrecho de Bhering, situado al Norte del globo, separa el antiguo del nuevo continente, cuyos últimos límites son desiertos de hielo, en los que persona alguna podría resistir las peligrosas inclemencias del clima. Sin embargo, sobre la nieve de las regiones del nuevo continente se ven las huellas del paso de una mujer, y sobre las del antiguo, las de un hombre; ambas se dirigen hacia el estrecho que separa los dos mundos.

Los viajeros, á los cuales corresponden estas huellas, han tenido que atravesar las soledades del desierto en medio de una horrible tempestad y la han hecho frente sin separarse ni un momento de su camino.

¿Quiénes eran estos viajeros?

El hombre, por casualidad, ó por lo que fuese, llevaba en las suelas de sus zapatos siete clavos salientes, que al andar dejaban marcada sobre la nieve una cruz en la forma siguiente:



Reinaba un silencio profundo.

El hombre y la mujer llegaron á la costa del estrecho que separa los dos continentes.

En aquel momento, y por una ilusión de óptica, muy propia de las regiones polares, ambos continentes, aunque separados por el extenso brazo de mar que ocupa el estrecho, se vieron tan cercanos, que parecía poderse echar un puente de un mundo á otro, y en medio de la niebla surgieron dos figuras humanas.

En la costa del viejo continente un hombre arrodillado sobre la nieve extendía sus brazos con gran desesperación hacia las costas del nuevo mundo, donde aparecía una mujer joven y hermosa que contestaba á aquellas muestras de desesperación, mostrándole el cielo.

Después cesó el fenómeno de óptica y las dos figuras se borraron entre el espesor de la niebla.

¿Quiénes eran aquellas criaturas?

PREFACIO

Terminada el mes de Septiembre del año 1847.
 El estrecho de Bering, situado al Norte del Polo, separa el con-
 tinente del nuevo continente, en los últimos límites son desiertos de hielo,
 en los que persona alguna podría resistir las peligrosas inclemencias del
 clima. Sin embargo, en el punto que se indica en el mapa del nuevo continente
 se ven las montañas del pasado y de la mujer, y sobre las del antiguo, las
 de un hombre, ambas se dirigen hacia el estrecho que separa los dos
 continentes.
 Los viajeros á las partes correspondientes á estas montañas, han notado que
 atraviesa las montañas del desierto en medio de una horrible tempestad
 y la han hecho frente sin separarse ni un momento de su camino.
 ¿Quiénes eran estas figuras?
 El hombre, por casualidad, ó por la propia fuerza, hallaba en las montañas
 de sus montañas sistemas animales, con el nombre de la gran montaña, se
 que la tierra con ellas en la forma siguiente:

EL JUDÍO ERRANTE



A la caída de la tarde de uno de los últimos días del mes de octubre de 1831, y por el camino que conduce á la aldea de *Mockern* (Alemania) avanzaba una caravana compuesta de un viejo soldado francés—antiguo granadero de á caballo—dos jóvenes casi niñas, vestidas de negro, que iban montadas sobre un caballo ya viejo y de regular alzada, y cerrando la marcha un vigoroso perro siberiano, de figura, tamaño y pelo de un lobo. El soldado se llamaba Dagoberto, las dos jóvenes, que eran hermanas gemelas, Blanca y Rosa; el caballo *Jovial* y el perro *Agua-fiestas*.

Aquella caravana había partido de la Siberia, y atravesando la Europa, se dirigía á cortas jornadas á la ciudad de París.

Cerca ya de *Mockern*, Dagoberto se paró un instante, y señalando á las niñas una encina, que junto á un molino, en un repecho del camino había, las dijo:

—Hace dieciocho años que después de un sangriento combate traje á vuestro padre herido gravemente al pie de esa encina, en donde él y yo, que también estaba herido, fuimos hechos prisioneros por un marqués emigrado, francés renegado y coronel al servicio de los rusos.

Dicho lo cual, la caravana prosiguió su viaje silenciosamente, llegando al poco rato á la aldea y alojándose en la posada del *Halcón Blanco*, única que había.

Al verles entrar un hombre llamado Morok, *El profeta*, que era domador de fieras y estaba alojado en la posada, se sonrió diabólicamente.

Después de instalar á las niñas en una habitación, dejando á la puerta al perro para que las guardase, Dagoberto bajó al patio de la posada, donde después de meter á su caballo en una de las cuadras, se puso á lavar en un lebrillo unos pañuelos sucios.

Entonces Morok se le acercó, procurando entablar conversación, y al ver que el soldado no le hacía caso, le insultó llamándole cobarde y desafiándole. Sin embargo, Dagoberto pudo reprimirse, y entonces me diaron los parroquianos de la posada, diciendo al domador que no había razón para aquella provocación, á lo que Morok—que perseguía un fin—contestó escusándose con Dagoberto y con los parroquianos por lo que acababa de suceder, y se retiró del patio.

Cuando el soldado terminó su faena, se dirigió hacia el cuarto donde

había dejado á las niñas, y cogiendo una silla fué á sentarse al lado de las dos hermanas, á las que empezó á hablar de esta manera:

—Ha llegado el momento de daros á conocer el objeto de nuestro largo viaje, para lo cual tengo que referiros antes algunas cosas que ignoráis. Vuestro padre el general Simón, que es hijo de un artesano, á quien veréis en París, si aun vive, empezó su carrera militar desde soldado, logrando á fuerza de heridas y valor llegar á ser general y duque de Ligny, cuyo grado y título le otorgó Napoleón sobre el campo de batalla. Cuando fuimos hechos prisioneros, como ya os he referido esta tarde, nos condujeron á Varsovia, donde el general se enamoró de vuestra madre, siendo correspondido por ella, á pesar de la oposición de sus padres. Poco después acabó la guerra, y Napoleón fué desterrado á la isla de Elba. Entonces vuestro padre, que ya estaba libre, dejándome al cuidado á su prometida para que la protegiese si necesitaba huir de su familia, se dirigió en busca del Emperador. Poco tiempo después el general Simón, en compañía del Emperador, abandonaban la isla de Elba y la guerra comenzó de nuevo; pero vino el terrible día de Waterlío y Napoleón fué derrotado y hecho prisionero de los ingleses, que le condujeron á la isla de Santa Elena. En aquel día vuestro padre quedó herido gravemente sobre el campo de batalla. Cuando curado de sus heridas pidió ir á reunirse con el Emperador, no se lo consintieron, y entonces promovió una conspiración á favor de su hijo, y al llegar á Picardía, á donde se dirigió á levantar en armas un regimiento, se encontró con que la conspiración había sido descubierta y se vió prisionero y conducido á presencia de un coronel, que era el mismo renegado francés que ya en otra ocasión nos había hecho prisioneros, y que era además el pretendiente de vuestra madre, aceptado por su familia.

Al verse el general Simón en presencia de aquel hombre á quien tantos motivos tenia para odiar, le pidió que si no era un cobarde, le dejase en libertad el tiempo suficiente para batirse con él á muerte, y habiendo accedido á ello el coronel, se verificó el desafío, quedando por muerto aquel renegado. Entonces vuestro padre abandonó la Francia y se dirigió á Varsovia, donde se casó con vuestra madre, que había quedado huérfana, siendo yo uno de los testigos de la boda.

Poco tiempo después el general Simón, por haber dado asilo en su casa á un amigo suyo que había sido desterrado á Siberia por una conspiración, y había logrado fugarse, siendo descubierto, fué sorprendido mientras dormía y conducido, sin darle tiempo á nada, con una escolta de cosacos fuera de Rusia, prohibiéndole, bajo pena de prisión perpétua, el volver á aquel país; pero antes de partir pudo dejarme el encargo de que velase por vuestra madre. Esta, que aunque de origen francés era polaca de corazón, al ver que los rusos trataban como á esclavos á los polacos, decía siempre en voz alta lo que otros solo decían por lo bajo, y temiéndola por el mucho bien que hacía, el gobierno de Rusia, sin ver que estaba próxima á dar á luz, la confiscó los bienes y la desterró sin contemplación á la Siberia, para deshacerse de ella.

Montada sobre *Jovial*, como ahora vosotras, partió de Varsovia en mi compañía, y días después llegábamos á la aldea de Milok, donde nacisteis vosotras. Como vuestro padre ignoraba el paradero de su mujer y ésta el de su marido, por no haberse podido escribir, el general ignoraba el destierro de vuestra madre y vuestro nacimiento.

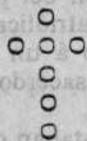
—¿De manera que no se ha vuelto á saber de nuestro padre?—preguntó Blanca.

—Sí,—contestó Dagoberto.—Y por un hombre extraño que no se parece á los demás; y para que lo comprendáis mejor, os referiré un episodio inexplicable de la vida de vuestro padre. Un día en que éste, por orden de Napoleón, cargaba al frente de sus coraceros sobre una batería enemiga, que molestaba demasiado á nuestro ejército, logró llegar con su caballo delante de la boca de un cañón, cuyos artilleros habían sido muertos y heridos; uno de los servidores de la pieza con las ansias de la muerte, aplicó al oído del cañón la mecha encendida que aún conservaba en la mano; en aquel momento un hombre alto y vestido de labrador se colocó entre el general y la boca del cañón. Salió el tiro, y vuestro padre, para no ver el cadáver descuartizado de aquel hombre que por él se sacrificaba, cerró los ojos, y cuando volvió á abrirlos, pudo ver allí delante de él y en pie á aquel hombre alto, tranquilo, entre el humo del disparo, mirando dulcemente al artillero, que á su vez le miraba espantado como si contemplase á un ser infernal. Después aquel hombre desapareció entre los combatientes; pero no sin que antes pudiese apreciar vuestro padre el que tenía unos treinta á treinta y cinco años de edad, y el que sus cejas eran muy negras y estaban muy juntas entre sí, formando una sola línea negra de sien á sien.

En la mañana del día en que murió vuestra madre, aquel hombre extraño se me presentó preguntando por ella, diciéndome que venía de parte de vuestro padre, del que la traía noticias y un encargo; yo entonces le conduje á la presencia de la esposa del general, con la que permaneció encerrado un buen rato y á la que entregó el diario escrito de vuestro padre desde que éste tuvo que ausentarse de Varsovia, despidiéndose después de ella, y al darle las gracias por el servicio que la había prestado, aquel hombre extraño, la contestó: «¿Por qué me dais las gracias? ¿No ha dicho El: AMAOS LOS UNOS Á LOS OTROS?» Pensando en las palabras pronunciadas, vuestra madre y yo le vimos alejarse.

Caminaba lentamente en línea recta y como contando los pasos, y, ¡cosa rara! sobre el barro del camino, dejaba marcada una cruz formada por siete clavos de su calzado, en esta forma.

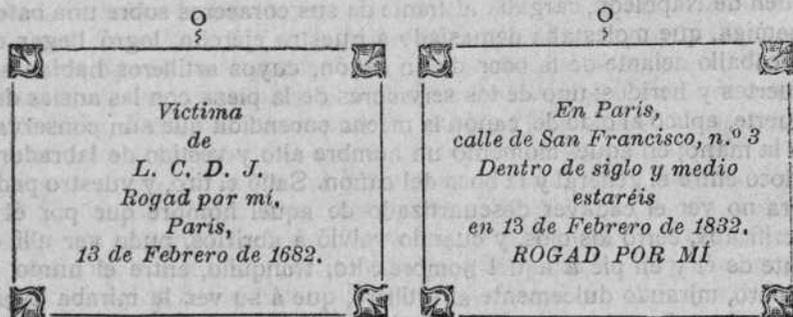
Y Dagoberto dibujó la siguiente figura:



Después prosiguió:

—Pocos instantes después llegó una orden para que abandonásemos en seguida aquella aldea y nos internásemos cuatrocientas leguas más al Norte; pero aquella noche invadió el cólera la aldea y vuestra madre fué una de sus primeras víctimas, falleciendo sin tener tiempo más que para abrazaros y colocar al cuello de Blanca una medalla.

—Esta,—interrumpió la niña, sacando del pecho una medallita de bronce que llevaba pendiente de una cadenita y en cuyas caras estaban grabadas las siguientes inscripciones:



—Esa misma,—prosiguió Dagoberto,—cuyas inscripciones quieren decir lo que también me encargó vuestra madre antes de morir, que os condujera sin pérdida de momento á Paris, donde debo presentaros el 13 de Febrero en la calle de San Francisco, núm. 3; pero precisamente ese día, pues de no ser así, el viaje resultará inútil y es de gran interés para vuestro porvenir, porque de ello depende acaso vuestra fortuna; así es, que una vez enterrada vuestra madre, guardó en mi morral el manuscrito del general Simón y nos pusimos en camino.

Las dos hermanas pidieron á Dagoberto el manuscrito donde su padre había escrito sus memorias, y habiéndosele dado, se pusieron á leerle.

En aquellas páginas narraba el general toda su campaña de la India, donde se había batido contra los ingleses en defensa de un príncipe indio, á quien querían arrebatár sus estados, y en una de cuyas batallas le había salvado la vida el príncipe Djalma, hijo del soberano por quien combatía, y el cual era de origen francés por su madre.

También en aquellas memorias hablaba el general de la familia de Dagoberto, á la que había visto en Paris al dirigirse á la India, y decía que Agricol, el hijo del soldado, trabajaba de herrero en la herrería de Mr. Hardy, bajo la dirección del padre del general, y que además componía versos y canciones patrióticas; que cuidaba mucho á su madre y que ésta había adoptado á un pobre niño abandonado llamado Gabriel, el cual se había hecho sacerdote misionero y estaba próximo á embarcarse para América.

Cuando más entretenidos estaban con la lectura de las memorias del

general, oyóse un rugido horrible, seguido de un relincho lastimero y desesperado.

—¡Ese es mi caballo *Fovial!* ¿Qué le sucederá?—exclamó Dagoberto saliendo precipitadamente de la habitación.

En aquel momento una mano misteriosa penetró por la ventana, derribó la luz, dejando la habitación sumergida en tinieblas y apoderóse, á favor de la obscuridad, de los papeles y dinero que contenía el morral de Dagoberto.



Cuando después de fracasado su intento de provocación al soldado se retiró Morok á su departamento, púsose bajo sus vestidos una cota de malla, y llamando al criado que tenía para el cuidado de sus fieras, después de prohibirle que aquella noche echase de comer á los animales, le ordenó que con todo género de precauciones escuchase y observase cuanto se dijese é hiciese en la habitación del soldado, y que cuando le viese á éste salir del cuarto, se apoderase del dinero y de los papeles que tuviera.

Cuando se marchó el criado, Morok se dirigió á la cuadra en que estaba el caballo del soldado, y desatándole, se le llevó, dejándole suelto, á la cuadra donde estaban las jaulas de sus fieras; después, con una barra de hierro que llevaba, empezó á excitar á su pantera *Muerte*, y cuando la vió furiosa, se subió sobre el techo de la jaula, y con la barra de hierro descorrió casi por completo el cerrojo de la puerta; entonces la pantera dió un salto y se lanzó contra ella, haciendo saltar el cerrojo, y saliéndose de la jaula se precipitó sobre *Fovial*, hincándole uñas y dientes en el cuello y haciéndole caer relinchando de dolor y agonía contra la puerta de la cuadra, que se cerró y quedó obstruída con su cuerpo.

A los relinchos del caballo y rugidos de la fiera, los moradores de la posada acudieron á ver lo que ocurría, siendo de los primeros Dagoberto, y entonces Morok, desde el interior, contestó el infame: Que era que su pantera se había escapado de su jaula rompiendo la puerta, al ver entrar en la cuadra donde estaba al caballo del soldado, que sin duda por no haberlo atado bien, se había soltado y penetrado en aquel sitio; añadiendo de paso, que de los peígnos que iba a correr al reducir y encerrar á la fiera de nuevo, haría responsable á Dagoberto, por no haber atado bien á su caballo.

A los pocos instantes, y tras de un rugido espantoso, el criado de Morok abrió la puerta de la cuadra y vióse á éste arrodillado en medio de la cuadra y en actitud de orar, y á su lado, y sobre un gran charco de sangre, el cadáver del caballo.

Al ver Dagoberto á su caballo muerto, sin poderse reprimir, se dirigió furioso hacia Morok, y echándole las manos al cuello, pretendió estrangularle; lo que hubiera realizado á no ser por los moradores de la posada que lograron separarle.

Entonces el soldado pidió al domador que le indemnizase por la muerte del caballo, á lo que aquel le contestó que él era el que reclamaba daños y perjuicios por una herida que había recibido en la mano de la pantera al pretender recluirla á la obediencia.

El posadero, para evitar pendencias, envió á buscar al burgo-maestre para que resolviese en aquel asunto, y para estar dentro de la ley pidió al soldado le enseñara los documentos conque acreditase su personalidad y la de las niñas que con él viajaban, y que por un olvido no le había pedido antes.

Fuese Dagoberto á su habitación á por los documentos, y los demás moradores de la posada se retiraron á sus cuartos, quedando solo en el patio Morok, que después de escribir una carta, á cuyo sobre puso las señas de *Mr. Rodin, calle de Milieu des Ursins, en Paris*, se la entregó á su criado para que la echase al correo, y al verle salir, después de haberle entregado los papeles que había quitado al soldado, sonriéndose con aire de triunfo, exclamó:

—Ya están sin caballo, sin dinero y sin papeles. He obedecido las órdenes recibidas y he conseguido detener, sin que en mucho tiempo puedan seguir su viaje, á los que se me ordenaba, puesto que parece que de esta detención dependen grandes intereses.

Grande fué el asombro del soldado al encontrar á oscuras la habitación y referirle una de las huérfanas del extraño modo que aquello había ocurrido; pero mayor fué aún, así como su desesperación, al ver que del morral habían desaparecido el dinero y los documentos.

Entre tanto había llegado el burgo-maestre, á quien Morok enteró de lo ocurrido, como á él le convenía contarle, añadiendo que sospechaba que el soldado debía ser un agitador político muy peligroso.

Entonces el magistrado del pueblo se dirigió hacia la habitación del soldado con ánimo de interrogarle, y al enterarse de que no le podían justificar su personalidad por no tener los documentos, creyó todo lo que le había dicho Morok y amenazó al soldado con la prisión para él y para las niñas por vagabundo; entonces Dagoberto, temeroso de aquella detención, pues como sabemos tenía un grandísimo interés en seguir su viaje, asaltado por una idea repentina, se lanzó sobre el burgo-maestre, y antes de que tuviera tiempo de defenderse le encerró en un cuarto, haciendo lo mismo con Morok.

Acto seguido, explicó á las niñas lo que sucedía y que era preciso huir; se descolgaron por medio de sábanas por la ventana que daba al campo y se alejaron de la aldea á pié y en medio de una lluvia torrencial.

Al cabo de una media hora el burgo-maestre y Morok consiguieron salir de su encierro, y reuniendo á la gente de la posada, organizaron una batida para capturar á los fugitivos.



Ante una mesa escritorio de un sencillo despacho de una casa de la calle de Milieu des Ursins, de París, hallábase escribiendo un hombre que representaba tener unos cincuenta años de edad, y cuyo rostro era pálido y enjuto; sus ojos de reptil, pequeños, negros, de mirar vivo y coronados apenas por escasas cejas; su nariz y barba puntiagudas, sus labios pequeños y descoloridos y su cabello cano y coronando su frente calva. Vestía este hombre una vieja levita de cuello grasiento, un pañuelo de mano por corbata, un chaleco y un pantalón negros y raídos, y estaba calzado con gruesos zapatones. Aquel hombre era Mr. Rodín, á quien Morok había escrito desde Mockern.

En uno de los rincones del despacho en que escribía Rodín, había una esfera terrestre de gran diámetro, en la que se veían muchas crucetas rojas, diseminadas por todas las partes del globo de Norte á Sur y de Este á Oeste.

Acababan de dar las ocho de la mañana, cuando penetró en el despacho otro hombre también vestido de negro, con el rostro afeitado y representando tener unos cuarenta años de edad, aunque eran bastante más los que tenía.

Al verle, Rodín le saludó con sumisión.

Aquel hombre era el abate Aigrigny, antiguo coronel y marqués, y en la actualidad, jefe de Rodín y representante, en Francia, de los jesuitas.

—¿Tenéis ya reunidos todos los datos concernientes al asunto de las medallas?—preguntó, después de haber tomado asiento en un sillón, al abate á Rodín.

—Oidlos,—respondió éste tomando un legajo de papeles y empezando á leer lo siguiente:

«Hace siglo y medio que una familia francesa protestante se expatrió de Francia, huyendo de la persecución de que iban á ser objeto, como enemigos de la religión católica; los individuos de esa familia se refugiaron en distintas partes del mundo, y en la actualidad los descendientes directos é indirectos de aquella familia son: Rosa y Blanca Simón, hermanas gemelas é hijas del general del mismo nombre. Francisco Hardy. El príncipe Djalma. Santiago Rennepont (álias *Duerme en cueros*). Adriana Rennepont de Cardoville, hija del conde de Rennepont, duque de Cardoville, y Gabriel Rennepont, sacerdote de las misiones extranjeras.

»Todos estos individuos, que ignoran el parentesco que entre ellos media, deben poseer una medallita de bronce con las siguientes inscripciones: *Victima—de—L. C. D. J.—Rogad por mí.—París.—13 de Febrero de 1682.—En París,—calle de San Francisco, núm. 3.—Dentro de siglo y medio—estaréis—en 13 de Febrero de 1832.—ROGAD POR MÍ.*

»Esto indica que es de gran interés para sus poseedores el estar en tal día y en el indicado sitio, en persona, y no por poder, sean mayores ó menores de edad, y ya estén casados ó solteros. Pero hay, en cambio, quien tiene un inmenso interés en que solo acuda á la cita el sacerdote Gabriel Rennepont, siendo necesario impedir á toda costa el que los demás individuos acudan á la cita, empleándose para ello toda clase de medios, sin reparar en obstáculos; pero con prudencia y habilidad, y procurando salvar las apariencias. Para conseguirlo se ha hecho hasta hoy lo siguiente:

»Las hijas del general Simón, así como su guía, un soldado llamado Dagoberto, hombre muy peligroso, hállanse presos como vagabundos en una aldea de Alemania, y el soldado, además, procesado por desacato al burgo-maestre; los cuales fueron alcanzados á una legua de Mockern, después de haber conseguido huir de la posada en que se alojaban, según nos comunica Morok, nuestro agente en ese punto.

»Francisco Hardy, manufacturero en Plessis, cercanías de Paris, ignora la importancia del asunto de las medallas, y está muy vigilado por un íntimo amigo que le hace traición, y por el que se conocen sus pensamientos; además, y como medida de precaución, se le alejará de Paris con cualquier pretexto en las proximidades del día de la cita.

»El príncipe Djalma, hijo de Kadja-Sing, rey del Mundi (India), ignora seguramente el asunto de las medallas, por estar la que le pertenece en la herencia de su madre, que era de origen francés y falleció en Batavia (Isla de Java), y no haber sido reclamada hasta hoy dicha herencia. Además, Kadja-Sing fué muerto en la última batalla que tuvo con los ingleses, y su hijo fué despojado de sus estados y conducido como prisionero de guerra á una fortaleza de la India; si lograra fugarse y se dirigiese á Batavia á reclamar la herencia de su madre, únicos bienes que le quedan, seríamos avisados al momento por nuestro agente en tal sitio, Mr. Josué, que además pondría los medios para impedir el viaje del príncipe á Paris.

»Santiago Rennepont (*Duerme en cueros*), está colocado en tal situación por un agente de negocios muy astuto y que nos es adicto, que no le será posible el acudir á la cita de las medallas.

»Adriana de Cardoville, se está combinando el plan que ha de impedir su presencia a la cita.

»Gabriel Rennepont, huérfano abandonado y recogido y criado por Francisca Baudoin, mujer de un soldado llamado Dagoberto, sobre la que se tiene autoridad é influencia sin límites, ignora el asunto de las medallas, por no haberse creído oportuno franquearse con él. En la actualidad está en las misiones de América, de donde regresará en tiempo oportuno, por ser, á pesar de todo, el único que debe presentarse á la cita del 13 de Febrero en la calle de San Francisco, núm. 3; toda vez que así está dispuesto desde hace mucho tiempo por los superiores de nuestra Compañía, por depender de ello grandes intereses y esperanzas inmensas.»

En aquel momento trajeron una carta para el abate, que le obligaba á salir, y suspendiendo por aquel día el trabajo, abandonó la casa seguido de Rodín.

IV

Mientras en París urdían la trama que ya conocemos contra los descendientes de una familia proscripta en otro tiempo, un extraño defensor pensaba protegerlos.

Por un largo camino que va del Norte al Mediodía, á cuyos lados y en distintos puntos álzanse pueblos y aldeas, camina un hombre de unos treinta á treinta y cinco años de edad, alto, de cara triste, con las cejas muy negras y unidas entre sí de sien á sien, formando una sola línea. En las aldeas que deja atrás, las campanas doblan á muerto.

Aquel viajero lleva el *cólera* por donde pasa y prosigue su camino, dejando tras de sí la desolación y la muerte, con la cabeza inclinada, y va pensando:

—El 13 de Febrero se acerca y los descendientes de mi hermana querida deben reunirse en París. Hace siglo y medio que la persecución ha diseminado esta familia por todo el mundo. El instinto me advierte cuando alguno de esos descendientes está en peligro; pero con frecuencia, cuando mi presencia podría salvarles, una mano invisible me empuja y una voz misteriosa me dice: *¡Anda!... ¡Anda!...* Tal es mi castigo; pero aun mayor fué mi crimen. Artesano, y lleno de privaciones, la desgracia me había hecho malo. Un día Jesucristo pasó por la puerta de mi casa llevando sobre sus hombros el peso de la cruz y me pidió que le dejase descansar un momento en el banco de piedra, y yo le contesté con cólera: *«¡Los inexorables hacen inexorables! ¡Anda!... ¡Anda!...»* Entonces El, lanzando un suspiro, me dijo: *«¡Y tú andarás sin cesar hasta tu redención; así lo quiere el Señor que está en los cielos!»*

El día de la redención no ha llegado aún, y yo, pobre artesano judío, he condenado á mis compañeros á que expíen mi crimen, porque solo ellos son los únicos que en dieciocho siglos no han dejado todavía de ser esclavos. Sufro por los míos. Pobre y errante no puedo ir al socorro de esos descendientes de mi hermana querida; pero cuando presiento un peligro para ellos, del que no puedo librarles, entonces mi pensamiento va atravesando los mundos, á buscar á Herodías, aquella mujer como yo maldita, por haber pedido la muerte de San Juan Bautista, y que como yo fué condenada á vagar por el mundo hasta el día del JUICIO FINAL, á pesar de ser hija de reyes. (Era hija de Herodes.)

En estos momentos los míos sufren y corren grandes peligros. ¡Tú que me oyes, Herodías, ayúdame á defenderlos!

En aquel momento ocurrió una cosa extraña. Había anochecido y el

viajero hizo un movimiento para volver hacia atrás; pero una fuerza invisible se lo impidió, empujándole hacia adelante, y el judío prosiguió su camino; pero con marcha penosa y arrastrado á su pesar. Inútilmente levanta sus manos al cielo en ademán de súplica; anda y anda, y pronto desaparece entre la obscuridad de la noche.

Finalizaba el mes de Octubre. En las cercanías de Batavia (Isla de Java-Asia) y en un *ajupa*, especie de pabellón formado por gruesos bambúes, entrelazados unos con otros por medio de juncos, y al que cubren á modo de tejas anchas hojas de plátano, dormía profundamente sobre una especie de estera un joven de color bronceado, que vestía una larga túnica de muselina blanca, con mangas flotantes, por entre cuyo escote veíase pendiente del cuello una medalla igual á la que poseían las hijas del general Simón.

Aquel joven indio era el príncipe Djalma, á quien los ingleses habían puesto en libertad, y el que acompañado del general Simón se había trasladado á Batavia á reclamar la herencia de su madre, entre cuyos papeles encontró la medalla que pendía de su cuello y se enteró de la importancia de estar en París el 13 de Febrero, decidiendo que así que el general Simón ultimase unos asuntos que le retenían en Sumatra, emprendería en su compañía el camino á Francia.

En la parte de afuera de la *ajupa*, un indio de aspecto feroz expiaba los movimientos del príncipe, y cuando se hubo cerciorado de lo profundo de su sueño, penetró en el interior, y acercándose sigilosamente al durmiente, después de aletargarle por un medio solo de los indios conocido, le arremangó la manga del brazo izquierdo, y con una aguja muy fina que impregnó en un trozo de raíz negra, de un jugo blanco y viscoso, trazó sobre el antebrazo del príncipe varios signos simbólicos y misteriosos que quedaron grabados de un color morado, después de lo cual se alejó de aquel sitio. Poco tiempo después se despertó el príncipe, y sin notar los grabados que había en su brazo, montó en su caballo y se dirigió hacia el muelle de Batavia. En la mitad del camino le salió al encuentro un indio mestizo, diciéndole que iba de parte del general Simón, el cual le aguardaba en las ruínas de *Tchandi*, sobre la montaña del mismo nombre, y el príncipe, separándose del camino, se dirigió hacia el sitio de la cita; pero en vez de encontrar en las ruínas citadas al general, se encontró con tres indios de la secta de los *phansegars* (estranguladores), los cuales le propusieron que entrase á formar parte de su terrible asociación.

La secta de los *phansegars* ó estranguladores era una tenebrosa asociación que existía en la India, compuesta de individuos que se llamaban

entre sí *hermanos de la buena obra*, los cuales estrangulaban á sus víctimas cumpliendo una vocación homicida y las leyes de una divinidad inférnal que llamaban entre ellos *Bohwania*, y como las víctimas que sacrificaban estrangulándolas eran numerosas, los adeptos de la citada asociación eran perseguidos sin descanso por los ingleses.

Tres de los cuatro jefes de estranguladores que residían en Batavia, pues el cuarto, ó sea el principal de ellos, no se había presentado aun ante Djalma, eran los que procuraban hacer al príncipe de los suyos, á lo que se resistía éste tenazmente.

De repente un pelotón de soldados ingleses, al mando de un oficial, cercaron las ruinas y detuvieron á los estranguladores y al príncipe; no pudiendo hacer lo mismo con el principal jefe de ellos, llamando *Faringhea*, por haber logrado escapar rompiendo el cerco de los soldados. En cuanto al príncipe Djalma, en vano protestó de su detención, pues el oficial inglés, al reconocer á los prisioneros, había visto grabados en su brazo los signos con que se distinguía á los estranguladores, y tomándole por uno de ellos le mandó atar como á los otros, á lo que el príncipe no opuso resistencia, asombrado como estaba de ver en su brazo aquellos signos, sin que se pudiera dar cuenta de cómo era aquello.

Todo ello era obra de Mr. Josué, agente de Mr. Rodín en Batavia, con objeto de impedir el viaje de Djalma á París, y que pudiese asistir por tanto á la cita del 13 de Febrero, cuyo agente, al saber la noticia de la detención del príncipe, escribió una larga carta á Mr. Rodín, dándole cuenta de todo lo sucedido, cuya carta le entregó á un contrabandista llamado *Malha*, que era de quien se había servido para lograr sus fines, para que la llevase en propia mano á París. Pero al salir *Malha* de casa de Mr. Josué y atravesar el camino que conducía al muelle, fué sorprendido por el jefe de los estranguladores, que como sabemos no había sido detenido, y después de estrangularle, le quitó el pasaporte, el dinero y la carta dirigida á Rodín, en cuyo sobre iban las señas de su residencia en París; después de lo cual escondió el cadáver de su víctima, y tomando su nombre se embarcó para Europa.

VI

Uno de los primeros días del mes de Febrero un furioso vendaval hacía naufragar en las costas de Picardía (Francia), echándoles á pique y estrellándoles contra las rocas, sobre las que se alzaba el castillo de Cardoville, al *Guillermo Tell* y al *Aguila Negra*, dos buques procedentes el primero de Alemania y el segundo de la India.

Los servidores del castillo habían bajado hacia la playa, organizando el salvamento de los naufragos, y al poco rato conducían á uno de los salones del castillo á los pocos que se habían podido salvar de la catás-

trofe, los cuales eran: las hijas del general Simón, Dagoberto y el perro; el príncipe Djalma y el indio Jaringhea, y un joven sacerdote misionero, que no era otro que Gabriel, el niño huérfano abandonado y recogido y criado por la mujer de Dagoberto.

Por una extraña casualidad Mr. Rodin estaba en el castillo de Cardoville, al que había ido para asuntos de su asociación, y había presenciado el naufragio de los buques y el salvamento de los naufragos, siendo grande su asombro y su contrariedad al oír los nombres de los supervivientes del naufragio y reconocer en ellos á todos aquellos á quienes creía imposibilitados de llegar á Francia, extrañándose mucho de que nadie le hubiese avisado el viaje de aquellos á quienes convenia tener alejados de París, á fin de que no impidiesen la realización de un plan, de cuyo éxito dependían grandes intereses para la asociación á que pertenecía.

En dos palabras explicaremos lo que era un enigma para Rodin. Las hijas del general Simón y Dagoberto habían podido evadirse de su prisión en Alemania, gracias á una misteriosa mano que les abrió la puerta de su cárcel y les facilitó los medios de huir y de encaminarse á Francia, tomando pasaje en el *Guillermo Tell*. El príncipe Djalma había logrado también evadirse de su prisión, embarcándose sin esperar al general Simón en el *Aguila Negra*, que se dirigía á Europa, y en cuyo buque se encontró con Jaringhea, simpatizando los dos durante el viaje, pues el príncipe ignoraba que su compañero era el principal jefe de los estranguladores. En cuanto á Gabriel, regresaba á Europa en virtud de órdenes recibidas de sus superiores.

Todos estos individuos habían sufrido heridas, aunque leves, en el naufragio, á excepción de Djalma, cuyas heridas presentaban alguna gravedad.

Las hijas del general Simón habían sido salvadas de ahogarse por Gabriel, que las había sacado de entre las olas, reconociendo en él al angel que se las había aparecido en sueños algunas veces ofreciéndolas velar por ellas. Dagoberto también había reconocido en el sacerdote, por algunas palabras dichas en la conversación, al huérfano á quien su mujer había recogido y educado durante su ausencia.

Mr. Rodin, al que no le convenia por razones que ya conocemos el que Gabriel se familiarizase con nadie, se presentó á éste, que quedó asombrado de verle en aquel sitio, y le ordenó que le siguiese en seguida á París, donde su presencia era necesaria; obedeciendo el joven sacerdote con gran sentimiento de Dagoberto, á quien no le agradaba la catadura de Rodin, ni podía convencerse de que fuese también sacerdote y superior de Gabriel; pero consolándose con la promesa que éste le hizo de ir á visitarle cuando estuviesen todos en París.

Al irse á marchar, Jaringhea, que había oído pronunciar el nombre de Rodin, se acercó á éste y le preguntó:

—¿Os llamáis Mr. Rodin, y vivís en París en la calle de Milieu des Ursins?

—Sí. ¿Qué me queréis?—contestó Rodín.

—Por ahora, nada, hermano; pero más adelante mucho,—contestó el indio, alejándose y dejando aterrado á Rodín, por lo extraño de la pregunta y el modo de hacerla.

Pocos instantes después se habían puesto todos los demás en camino hacia París, á excepción del príncipe Djalma, á quien sus heridas obligaban á quedarse en el castillo y del indio Jaringhea que le acompañaba.

VII

En un pequeño y humilde cuarto de una casa de la calle de Brisse-Miché de París habitaba Francisca Baudoin, mujer bondadosa y sin otro defecto de estar dominada con exceso por la influencia que sobre ella ejercía su confesor.

En el momento en que la presentamos en escena, ocupábase en preparar la cena de su hijo Agricol, haciéndola compañía una joven obrera, bastante contrahecha—por lo que la llamaban de apodo la *Fibosa*—la cual ganaba un corto jornal y habitaba en la buhardilla de la misma casa, completamente sola.

Ya empezaba á inquietarse la madre de Agricol, porque éste se retrasaba más que otras veces en regresar á su casa, cuando el obrero penetró en la habitación, y después de darla un abrazo y entregarla el jornal—pues era sábado—se puso á cenar alegremente, refiriendo que el motivo de haberse retrasado era por haber hallado perdida en la calle de Babilonia una perita con un collar que decía: *Lulina pertenece á la señorita Adriana de Cardoville, calle de Babilonia, núm. 7*, y que como estaba cerca, había ido á entregarla á su dueña, la que le había recibido muy bien, queriendo recompensarle con dinero, lo que él había rechazado, entregándole entonces una hermosa flor, diciéndole que en cualquier ocasión que la necesitase que acudiese á ella; y después de referir esto, sacó de debajo de la blusa una flor hermosísima y se la regaló á la *Fibosa*, que le dió las gracias ruborosa y tartamudeando.

La joven obrera amaba á Agricol con todas las fuerzas de un primer amor; pero comprendía que aquel amor era un imposible por su figura contrahecha, y lo ocultaba.

Acababa de cenar el obrero, cuando entró un vecino de la calle, diciéndole que se saliese con él, pues tenía que decirle algo muy importante. Salióse con él Agricol, y al poco rato volvió á entrar lloroso y demudado, suplicando á su madre que no se alarmase y se dispusiese á recibir una gran alegría; y cuando ya la consideró suficientemente preparada, la dijo que acababa de llegar Dagoberto. Efectivamente, éste penetró en la habitación en unión de las hijas del general Simón, y seguido de

Agua-fiestas. Al verle Francisca Baudoin, se puso de rodillas y oró unos instantes, abrazándose después á su marido y después éste y Agricol.

Pasadas las primeras expansiones de cariño entre aquellos seres que habian estado tanto tiempo separados, Dagoberto presentó á las hijas del general Simón á su mujer, diciéndola que aquella noche dormirían allí, y que por la mañana iría con su hijo á ver al abuelo de las niñas, el padre del general, para ver el medio de alojarlas mejor que lo que estarían allí, y entonces supo por Agricol que al general le habian sido reconocidos por el gobierno el título de duque y el grado de mariscal, que Napoleón le concedió después de la batalla de Ligny, y que de un momento á otro se esperaba su llegada; y supo también que el padre del general hacía unos días que habia marchado en compañía de Mr. Hardy al Mediodía de Francia á estudiar una maquinaria inglesa, y que tardaría aún algunos días en regresar. Esta última noticia contrarió bastante á Dagoberto; pero se consoló pensando en que podría escribir al abuelo de las niñas, y después de encargar á su mujer que acostase á las dos huérfanas, se retiró á descansar en compañía de su hijo á otra de las habitaciones de la casa.

VIII

Mr. Rodín no se había descuidado en tomar sus precauciones para impedir que los poseedores de las medallas asistiesen á la cita del 13 de Febrero, y habia puesto espías de su confianza cerca de todos ellos; así es que supo la llegada á París de las hijas del general Simón y su alojamiento en casa de Dagoberto, y para poder obrar con libertad, pensó en alejar y separar de los suyos á Dagoberto y á su hijo, y para conseguirlo, hizo escribir al primero una carta firmada por Duranel, escribano de Chartres, diciéndole que fuese al instante á dicho punto para entregarle documentos importantes del general Simón; y en cuanto á Agricol, le hizo denunciar hábilmente como sospechoso de ser uno de los agitadores políticos más peligrosos; después de lo cual, hizo llegar á su presencia al confesor de Francisca Baudoin—que era jesuíta como él—y le ordenó que consiguiese con habilidad el que su hija de confesión llevase á las hijas del general Simón á un convento, con pretexto de que las instruyesen en las prácticas de la religión católica, que con motivo de su viaje tendrían muy descuidadas.

Un amigo leal de Agricol, enterado de la denuncia contra éste presentada, se lo avisó anónimamente, remitiendo el anónimo á la *Fibosa*, la cual, en el momento en que el obrero se retiraba á descansar en compañía de su padre, le llamó aparte, para no alarmar al soldado, y le enteró del contenido del anónimo en que le avisaban el peligro en que estaba, y le aconsejó fuese á pedir protección á la señorita de Cardoville, ya que

ésta se le había ofrecido al entregarla la perrita perdida, á lo que accedió Agricol, diciendo á la *Fibosa* que al rayar el día seguiria su consejo.

En las primeras horas de la mañana del día siguiente, disponíase el obrero á ir á casa de la señorita Adriana de Cardoville, cuando se presentó Gabriel, que iba á visitarles, según ofreció á Dagoberto, y les dijo que aquella visita era de despedida, pues sus superiores le prohibían el que volviese á verles, hasta después de cierta época, lo que amenguó algo la alegría que todos sentían de verse reunidos.

En aquel momento llevaron á Dagoberto la carta que había mandado escribir Rodín para alejarle de Paris, y el soldado, creyéndola verdadera, se preparó á marchar á Chartres, dejando á las hijas del general al cuidado de su mujer.

Agricol se dispuso también á ir á casa de la señorita Adriana, y Gabriel se despidió de todos, y llamando aparte á Dagoberto y á Agricol, les dijo que quizás los necesitaría muy pronto para que le sirviesen de testigos en un grave asunto.

IX

Adriana de Cardoville era una hermosísima joven de unos veinte años de edad; rubia; de cutis blanquísimo, ojos negros y cabello dorado y undoso. Al fallecimiento de su padre, acaecido hacía seis meses, y no congeniando su carácter franco, bondadoso é independiente, con el hipócrita y falso de su tía la princesa de Jaint-Dizier, había conseguido de ésta el que la dejase vivir independiente y en completa libertad, gozando de la fortuna de su padre heredada, y habitaba un pabellón del parque del palacio, separado por el jardín de las habitaciones de su tía, donde se había rodeado de toda clase de comodidades. A Adriana gustábala para estar en casa el uso de vestidos de épocas pasadas, y había tomado á su servicio tres doncellas, jóvenes como ella, y que se ocupaban en hacerla el tocado en el momento en que la presentamos en acción.

Terminaba la señorita de Cardoville de vestirse, y disponíase á salir cuando la llevaron una carta de su mayordomo en el castillo de Picardía, en que la daba cuenta del naufragio de los buques, del salvamento de los náufragos y de la partida de éstos á Paris, á excepción del príncipe Djalma, que se encontraba herido é imposibilitado además de continuar su viaje por haber perdido en el naufragio cuanto poseía, lo que lamentaba por depender grandes intereses de la presencia en Paris del citado príncipe, que era indio é hijo de Kadja-Sing, rey que fué del Mundí, según le había referido otro indio que le acompañaba. Al ver el nombre del padre de Djalma, vino en conocimiento Adriana de que aquel príncipe era primo suyo, y acto seguido escribió una carta dando

órdenes para que se comprasen trajes indios y se los ofreciesen al príncipe en nombre de un amigo desconocido, y después le hicieron subir en una silla de postas, conduciéndole á París á aquel palacio; para todo lo cual enviaba además una carta-orden para que su banquero facilitase los fondos necesarios para los gastos.

Cuando la señorita de Cardoville acabó de escribir la carta, llegó Agricol, que fué recibido con muestras de alegría, refiriendo á la joven el objeto de su visita, y contándola de paso la llegada á su casa de las hijas del general Simón, que resultaron también ser primas de Adriana. Esta, después de oír al obrero, le tranquilizó diciéndole que interpondría su influencia para que no le molestasen, y que aquella misma noche iría á buscar á su casa á las hijas del general, y que se las llevaría á vivir con ella hasta que aquel regresase.

Una doncella entró diciendo que un hombre había venido preguntando por el obrero, y que sospechaba era con la intención de prenderle, y la señorita de Cardoville hizo esconder á Agricol en un cuarto secreto que había en el tocador, mientras ella ponía los medios de salvarle, y á continuación se dirigió hacia las habitaciones de su tía la princesa, que la había mandado á llamar con urgencia.

La princesa de Saint-Dizier era ya una mujer de edad madura, que durante la época del Imperio en que pasó su juventud, tuvo una vida borrascosa y desenfrenada, y en la actualidad estaba afiliada á los jesuítas y era una de sus principales adeptas.

En el momento en que la presentamos en escena, hallábase en uno de los salones del palacio en compañía del abate Aigrigny, que la daba cuenta de lo comprometido que estaba el asunto de las medallas y de la confianza que tenía en que la astucia de Rodín sacaría á flote el negocio. En aquel momento llevaron los partes reservados que remitían los espías de Rodín, por uno de los cuales supieron que Adriana había dado órdenes para que llevasen á París al príncipe Djalma, y había tomado bajo su protección á Agricol, y pensaba llevarse á vivir con ella á las hijas del general Simón. En vista de tan graves noticias, el abate Aigrigny envió á buscar á Rodín, y cuando llegó éste, convinieron los tres en la imprescindible y urgente precisión de colocar á Adriana fuera de combate, ejecutando el plan que ha tiempo tenían fraguado, y para cuya realización pensaban aprovecharse del modo de vivir, gustos y costumbres de la joven, y para lo cual contaban con la cooperación del doctor Baleinier, á quien enviaron á llamar en seguida, y á quien Adriana tenía por uno de sus amigos de confianza.

Poco después de la llegada del doctor al palacio y enterarse de lo que sucedía, la señorita de Cardoville penetraba en el salón en que aquellos conferenciaban. Entonces la princesa de Saint-Dizier, tomando un tono severo, manifestó á su sobrina, que enterada de su modo extraño de vivir y de sus caprichos raros y extravagantes, había resuelto que desde aquel momento quedase sometida á su voluntad, sin hacer otros gastos ni dar más pasos que los que ella autorizase, hasta que

fuese declarada mayor de edad, lo que se diferiría indefinidamente por medio de un consejo de familia. Adriana protestó de la resolución de su tía, revelándose. En aquel instante vinieron á decir á la princesa que en las habitaciones de su sobrina había sido encontrado escondido un obrero, á quien el comisario de policía seguía la pista como agitador político, y que había sido detenido y llevado á la cárcel.

La princesa afeó, tachándola de loca, la conducta de Adriana, y el abate Aigrigny y el doctor cambiaron entre sí una mirada de satisfacción é inteligencia.

Al escuchar la señorita de Cardoville que había sido detenido Agricol, llamando aparte al doctor Baleinier le suplicó que la acompañase en un coche á casa del ministro para pedir la libertad del obrero, á lo que el doctor accedió—al ver que ella misma falicitaba el medio de realizar el plan combinado en su contra—y ofreciéndola el brazo, salieron del palacio y la hizo subir en su coche, á cuyo lacayo dió órdenes reservadas. Horas después, Adriana de Cardoville quedaba encerrada como loca en el manicomio, del que Mr. Baleinier era médico director.

Mientras tenían lugar los sucesos que acabamos de referir, el confesor de Francisca Baudoin había mandado llamar á ésta, y después de hacerse contar cuanto había ocurrido en su casa en los últimos días, la hizo ver la necesidad de conducir á las hijas del general Simón á un convento para que aprendiesen á practicar los deberes de la religión, que con el largo viaje que habían realizado seguramente tendrían descuidados, pues de no hacerlo así, las almas de aquellas niñas se perderían y sobre ella y su conciencia caería la responsabilidad por no haber puesto los medios de impedirlo, y tanto la amonestó y atemorizó, que obtuvo de Francisca la formal promesa de entregar las niñas á la persona que él enviase á buscarlas, exigiéndola además el juramento, bajo pena de excomunión, sino le cumplía, de ocultar á Dagoberto el sitio en que las niñas estaban. Cuando regresó á su casa la mujer del soldado supo por la *Fibosa* que había sido preso Agricol, y que su protectora la señorita Adriana se había vuelto loca y había sido llevada á un manicomio, cuyas noticias recibió con la mayor resignación. Poco después llegó una emisaria del confesor, que era una de las espías de Rodín; pero viendo á la *Fibosa* no se atrevió á decir á lo que iba. En aquel momento se presentó un demandadero de parte de Dagoberto para que le mandasen algún dinero, pues por haber perdido el bolsillo se había tenido que volver de fiado desde la mitad del camino y estaba detenido en la administración de diligencias de Chartres, hasta que le enviasen el importe del viaje de vuelta. Francisca entonces reunió alguna ropa, enviando á la *Fibosa* á que la empeñase y llevase el dinero que la diesen á donde estaba el soldado.

Al enterarse la espía de Rodín del regreso de Dagoberto, quiso enterar á aquel de ello antes de llevarse á las niñas, y salió detrás de la *Fibosa*, y á fin de ganar tiempo, llamó á un policía, diciéndole que sospechaba que aquella muchacha jorobada que iba tan deprisa debía haber ro-

bado la ropa que llevaba en el lio, con lo que consiguió que el policía alcanzase á la muchacha y la llevase detenida, á pesar de sus protestas.

Cuando la espía de Rodín, después de dar cuenta á éste del regreso del soldado, volvió á casa de Francisca, se encontró allí con Dagoberto, á quien bajo palabra de honor habían dejado ir á buscar el dinero, y para alejarse refirió que la *Fibosa* había sido detenida como ladrona y conducida al puesto de policía, con lo que consiguió que el soldado, al oír aquello, se marchase á salir fiador de la honradez de la muchacha. Entonces la enviada del confesor de Francisca se dió á conocer á ésta como tal y con engaños se llevó á las niñas, que fueron conducidas y encerradas en el convento de Santa María. *Agua-fiestas*, el perro del soldado, había seguido el coche donde se llevaban á sus amas, y después de orientarse del sitio donde quedaban, volvió otra vez á su casa.

Cuando regresó Dagoberto, después de libertar á la *Fibosa*, y se encontró sin las niñas, preguntó á su mujer por ellas, la que le contestó que no podía decirle dónde estaban; no consiguiendo de ella, ni con ruegos ni con amenazas, el que le dijese lo que había ocurrido. Entonces, y sospechando que aquello fuese algún manejo del confesor de Francisca, hizo llamar al Comisario de policía, denunciándole la desaparición de las niñas, y como éste no consiguiese tampoco en que la mujer del soldado dijese el paradero de las dos hermanas, se la llevó detenida, á pesar de las protestas de Dagoberto, que decía que contra quien debían dirigirse las indagatorias era contra el confesor de su mujer, de quien sospechaba era toda la culpa de lo que ocurría.



Regresaba la *Fibosa* á su casa después de cumplidos los encargos que la habían encomendado, cuando en una de las calles se encontró á su hermana Cefisa, apodada la *Reina Bacanal*, joven de vida extraviada, que debía su perdición á su falta de amor por el trabajo, y que vivía maritalmente con Santiago Rennepont, álias *Duerme en cueros*, antiguo obrero y compañero que fué de Agricol, el cual vivía en la actualidad sin necesidad de trabajar, gracias á una cantidad que le habían prestado sobre un supuesto derecho que á una herencia tenía. Cefisa hizo entrar á su hermana en un restaurant, y como hacía tiempo que las dos hermanas no se veían, la *Fibosa* la refirió cuanto había sucedido en los últimos días, así como la prisión de Agricol. Entonces la *Reina Bacanal* llamó á Santiago, que con otros amigos y amigas estaba en el restaurant aguardando á Cefisa para celebrar una orgía, y le hizo que entregase á la *Fibosa* cien duros, para que sirviesen para poner la fianza para la libertad de su antiguo compañero Agricol, con lo cual la pobre obrera, después de dar las gracias á su hermana, salió del restaurant llena de satisfacción y alegría.

Poco después de marcharse la *Fibosa*, y cuando Cefisa, Santiago y los demás amigos se disponían á celebrar la orgía, se presentaron en el restaurant varios alguaciles del Tribunal de Comercio y se llevaron preso á Santiago, por no haber pagado á su vencimiento una letra de cambio que había aceptado y que había vencido hacia ya diez días.

Aquello era obra de Rodín, que por medio de un agente hábil había hecho prestar á *Duerme en cueros* una crecida suma sobre el supuesto derecho á una herencia, y que firmase como garantía la aceptación de una letra de cambio, conocedor de que el 10 ser p gadas esta clase de letras á su vencimiento, trae aparejada la prisión, y con lo cual se proponía impedir la presencia de Santiago á la cita del 13 de Febrero.

Al salir la *Fibosa* del restaurant se dirigió en seguida á la cárcel donde estaba Agricol, entregando á éste el dinero para la fianza de su libertad, y habiéndola éste dicho que era de urgente necesidad el que fuese á ver á Adriana, ó á alguna persona de su familia, y las dijese que tenía que comunicarles algo muy importante, la muchacha se fué á la calle de Babilonia, donde habló con una de las doncellas de la señorita Adriana, la que la dijo que no diese el encargo del obrero más que á su señorita, pues su familia la vendía, lo que suplicaba la guardase el secreto. Aquella doncella era una de las espías de Rodín; pero á la que repugnaba la vileza de su misión, sintiendo á veces ramalazos de arrepentimiento.

Juntas salieron la doncella y la *Fibosa*, dirigiéndose al convento de Santa María, á donde iban en virtud de haber pedido la obrera á la doncella que la proporcionase trabajo, á ver á la madre superiora, que solía colocar en casas particulares y talleres á las obreras sin ocupación.

Triste y descorazonada salió la *Fibosa* de la celda de la superiora del convento, por haberla propuesto ésta una colocación en una casa particular; pero con la condición de darla cuenta diaria y confidencial de cuanto hiciesen y pensasen los individuos de aquella casa, y no haber querido aceptar la obrera aquella condición que repugnaba á su conciencia y modo de ser, y atolondrada como iba, confundió los caminos y fué á parar al jardín del convento, que era medianero del que tenía el manicomio del doctor Baleinier, y del que solo estaba separado por una verja de hierro. Grande fué la sorpresa de la *Fibosa* al ver al otro lado de la verja á la señorita Adriana de Cardoville, á quien reconoció por la descripción que de ella la hizo Agricol, y haciéndola señas de que se acercase, la dijo que era compañera del obrero, el cual tenía que comu- nicarla algo muy importante; entonces la infeliz señorita refirió á la *Fibosa* del infame modo que había sido encerrada como loca en aquel sitio, suplicándola que al salir de allí pusiese los medios para que la sacasen del manicomio, ofreciendo la obrera que tanto ella como Agricol se ocuparían del asunto, despidiéndose y viendo con asombro al retirarse del jardín, y en una de las ventanas de las celdas del convento, á las hijas del general Simón, á las que no pudo hablar por lo altas que estaban las ventanas, y encontrando por fin la salida del convento salió á la

calle, donde, á los pocos pasos, se halló con Dagoberto y Agricol, á quienes iba guian lo el perro, y á los que contó que había visto á las niñas y á la señorita de Cardoville, que no estaba loca, y á quien había ofrecido poner los medios para libertarla.

Al saber Dagoberto donde estaban las dos huérfanas, decidió, sin convencerle razones de ninguna especie, que si antes no conseguía por los medios legales la entrega de las niñas, aquella misma noche asaltaría el convento y se las llevaría, después de lo cual se dirigieron todos á la casa del soldado, donde se encontraron á Francisca, que ya había sido puesta en libertad, y que al ver á Dagoberto se arrojó á sus piés llorando y le pidió perdón por lo ocurrido, diciéndole que había sido instigada por su confesor, habiéndola hecho ver Gabriel, con quien fué á conferenciar al verse libre, el engaño de que había sido victima. En aquel momento llevaron una carta del general Simón, en que le anunciaba á Dagoberto su próxima llegada á París, y le encargaba que no se olvidase de llevar á su hijo á la cita del 13 de Febrero. A la lectura de aquella carta el soldado se excitó, saliendo en seguida á ver el medio de libertar á las niñas; pero después de haber acudido inútilmente á la justicia para conseguirlo, al llegar la noche, provisto de unas cuerdas y barras de hierro, y acompañado de su hijo Agricol, se dirigió hacia las tapias del jardín del manicomio, por donde consideró más facil el escaló y entrada al convento. *Agua-fiestas* era de la expedición.

Las nueve y media de la noche serían cuando Dagoberto, Agricol y *Agua-fiestas*, después de haber conseguido saltar las tapias, se encontraban en el jardín del manicomio. Una vez allí, dieron pronto con la residencia de Adriana, á la que llamaron en voz baja, y entonces Agricol la reveló que al dejarle escondido en el cuarto de su casa, había hallado una medallita y un sobre cerrado que decía era importante para la señorita de Cardoville presentarse con la medalla el 13 de Febrero en la calle de San Francisco, núm. 3. En seguida procedieron á descerrajar las fallebas de la ventana para sacar á Adriana, lo que consiguieron al poco rato, yendo después á la verja que comunicaba con el convento, que también lograron abrir; después cogieron la escalera del jardinero y la arrimaron á la ventana que pertenecía á la celda en que estaban las niñas, y ya habían conseguido casi descerrajarla, cuando resonaron en el jardín varios tiros y voces que gritaban «¡Ladrones! ¡Asesinos!» Después se vió á varios hombres peleando contra Dagoberto y su hijo, y después todo quedó sumido en la obscuridad y el silencio.



Aquella misma noche el abate Aigrigny y Rodín conferenciaban en el despacho de la calle de Milieu des Ursins. El día siguiente era el 13 de

Febrero, y por lo tanto se ocupaban del asunto de las medallas. Rodín ponía en claro una nota que completaba el informe sobre aquel asunto, y cuyos datos decían que en 1682 Mr. Mario Rennepont, jefe terrible de la religión reformada, encarnizado enemigo de la Compañía de Jesús y acogido aparentemente al catolicismo, con objeto de salvar sus bienes de la confiscación, considerándole, sin embargo, como *relapso*, por pruebas suministradas por individuos de dicha Compañía, el rey Luis XIV le había confiscado los bienes y condenado á galeras perpétuamente, de las que se libró suicidándose; que aquellos bienes habían sido concedidos por el rey á la Compañía de Jesús; pero que de ellos, y mediante una venta simulada á un amigo, había podido sustraer, antes de ser condenado Mario Rennepont, una casa sita en París, en la calle de San Francisco, num. 3, y una cantidad de 600.000 reales en oro; que aquella casa había sido tapiada y no debía abrirse sino siglo y medio después, según la última voluntad de Mr. Rennepont, y que los 600.000 reales en oro habían sido puestos en manos desconocidas para que los hiciesen producir durante ciento cincuenta años; que todo esto era desconocido para los demás individuos de la familia expulsada de Rennepont, á quien éste entregó unas medallas con unas inscripciones, citándoles para que el 13 de Febrero de 1832 estuviesen en la calle de San Francisco, núm. 3, los que fuesen herederos por línea directa de aquellos individuos; que lo único que se había podido saber con respecto á la casa tapiada, era que había sido fielmente guardada, de generación en generación, por individuos de una raza judía llamados Samueles, de los que se ha sabido que uno de ellos fué el mayordomo de Mr. Rennepont. Respecto á la situación actual en que se encuentran los poseedores de las medallas es la siguiente: Mr. Hardy, alejado de París; *Duerme en cueros*, en la cárcel por deudas; las hijas del general Simón y Adriana de Cardoville, encerradas, las primeras en un convento y la segunda en un manicomio, habiéndose redoblado la vigilancia en dichos sitios y puesto rondas volantes para impedir cualquier golpe de mano; el príncipe Djalma, herido lejos de París, y Gabriel el sacerdote, misionero recluido en una de nuestras casas hasta mañana que comparezca á la calle de San Francisco á recoger la herencia, y que por donación que nos hizo al ingresar en nuestra Compañía, nos pertenece; por más que no hacemos más que recuperar los bienes que nos usurparon de la donación que nos hizo Luis XIV de los confiscados á Mario Rennepont. En aquel momento anunciaron la llegada de Jaringhea, y después de despedirse el abate Aigrigny, dando orden á Rodín para que al siguiente día fuese á buscar á Gabriel y le condujese temprano á la casa de la calle de San Francisco, á donde él también acudiría. El indio fué introducido á la presencia de Rodín. Jaringhea entonces expuso á éste que había llegado el momento de decirle para lo que le quería, y que esto era el que le comprase en una fuerte cantidad la traición que iba á hacer al príncipe Djalma, impidiéndole asistir á la cita del día siguiente, pues estaba enterado del interés que en ello había, tanto por una carta del agente que tenían en

Batavia, Mr. Josué, como por haber observado que días antes había llegado al castillo de Cardoville un médico para narcotizar al príncipe, lo que él había impedido narcotizando al doctor; después de lo cual se había traído á Djalma, dejándole en sitio seguro y narcotizado también; pero que si no le pagaban bien su traición, contrarrestando los efectos del narcótico, despertaría al príncipe y le haría estar en el lugar de la cita; á todo lo cual Rodín, disimulando hábilmente, le contestó al indio que no sabía de lo que le habiaba; no le importaba nada aquel príncipe, y después de enterarse seguramente del lugar en que estaba Djalma, despidió bruscamente al indio.

Pocos minutos después, y á pocos pasos de la casa, Jaringhea era detenido, amordazado y encerrado en una cueva y Rodín envió al sitio en que estaba el príncipe emisarios de su confianza, que se apoderaron de él, poniéndole á buen recaudo, de lo que el príncipe no se dió cuenta narcotizado como estaba.

XII

La casa núm. 3 de la calle de San Francisco, era una casa de dos pisos de construcción antigua, estaba situada al fondo de un jardín, al que se entraba por una gran puerta cochera, sobre la que estaban las habitaciones del guardián de la finca, un judío llamado Samuel, que había recibido la custodia de la casa de su padre, que á la vez la había recibido del suyo. Como ya sabemos, la casa tenía la puerta tapiada y las ventanas cerradas herméticamente. A las siete de la mañana del día 13 de Febrero, una cuadrilla de albañiles había procedido á presencia de Samuel, á derribar los ladrillos que obstruían la entrada, el cual, después de despedirlos, cogió una de las llaves que en un gran llavero llevaba, y abriendo la puerta que en seguida cerró por dentro, atravesó el vestíbulo, subió la escalera que conducía al primer piso, y abriendo con otra de las llaves una puerta, penetró en el salón conque comunicaba.

La habitación donde había entrado Samuel, era un salón grande, cuyas paredes, cortinas y telas de los muebles estaban tapizadas de encarnado; en el centro había una gran mesa redonda con tapete de terciopelo carmesí, sobre la cual, al abrir una de las ventanas, vió el judío un papel manuscrito que decía: «*En esta sala se abrirá mi testamento; los demás aposentos permanecerán cerrados hasta después de haberse leído mis últimas voluntades, M. R.*»; al lado del cual dejó una cartera y una caja de cedro. En aquel momento, en uno de los aposentos del salón que permanecía cerrado, sonó la campana de un reloj, dando diez campanadas, que causaron gran sorpresa en Samuel, que no se explicaba cómo funcionaba aquel reloj, que hacia siglo y medio que permanecía encerrado en aquel sitio, y á no ser por la prohibición de Mr. Mario

Rennepont de abrir las habitaciones hasta después de conceirse su testamento, hubiese penetrado á buscar la clave del misterio; y en seguida, y como era la hora marcada, según instrucciones recibidas, para abrir la puerta á los descendientes de los Rennépont, abrió aquella de par en par, viendo solo al sacerdote Gabriel, acompañado del abate Aigrigny y de Rodín, y seguido del escribano, á quienes guiaba su mujer.

Momentos antes de haberse procedido al derribo de los ladrillos que tabicaban la puerta de aquella casa, habían llegado en un coche Gabriel y Rodín, que suplicó á Samuel permitiese aguardasen en sus habitaciones la hora marcada para penetrar en la casa misteriosa, y que cuando llegase el abate Aigrigny le hiciese pasar donde ellos estaban, á todo lo cual accedió Samuel, cediéndoles una de sus habitaciones.

Gabriel ignoraba á lo que iba á aquella casa, pues aún no le habían enterado de nada sus superiores, y estaba deseando ver al abate Aigrigny para darle cuenta de una grave resolución que había tomado; esta era el pedirle que le relevase de los juramentos prestados al ingresar en la Compañía de Jesús y separarse de ella. El joven sacerdote habíase enterado el día anterior, por su madre adoptiva Francisca, de que el abate la había hecho creer que él quería seguir la carrera de sacerdote; pero que no se atrevía á decirselo por no hacer menos á su hermano adoptivo Agricol, que no estaba llamado á ser más que un herrero, y que por su parte, le había dicho á Gabriel que ella quería que se dedicase á Dios por convenir así á la salvación de su alma, habiendo resultado de aquella intriga, el que Francisca, por no contrariar á Gabriel, había accedido á que se hiciese sacerdote, y éste, por no disgustarla, había abrazado el sacerdocio en época en que aún no tenía vocación para ello. Reunidos, pues, el abate Aigrigny, Rodín y Gabriel, éste les dió cuenta de su resolución irrevocable, lo que al pronto les alarmó, pues veían comprometido el asunto que perseguían; pero Rodín consiguió á fuerza de astucia el que Gabriel les hiciese donación de los bienes que pudiese adquirir, aunque se separase de la Compañía, cuya donación se formalizó por medio de un acta que redactó y firmó, legalizándola el escribano, que había acudido para proceder á la lectura del testamento de Mr. Mario Rennepont.

Abierta la puerta del salón encarnado, penetraron en él Gabriel, el abate Aigrigny, Rodín, la mujer de Samuel y el escribano, y sentándose alrededor de la mesa éste último, empezó la lectura del testamento, cuyas cláusulas decían que dejaba por herederos de su fortuna á los descendientes de su familia que se presentasen antes de dar la última campanada de las doce; pero en persona, y no por medio de apoderado; que la herencia consistía en aquella casa y cuanto en ella se encerraba, y en los 600.000 reales, con los intereses acumulados al 5 por 100 durante los ciento cincuenta años transcurridos. Entonces Samuel manifestó que por medio de la acumulación, aquellos 150.000 francos que Mr. Mario había entregado á su abuelo en depósito, éste á su hijo, y éste á él, ascendían en la actualidad á la suma de 212.175.000 francos; al oír tan enorme cantidad, se quedaron todos estupefactos.

El reloj misterioso empezó á dar en aquel momento las doce, y al dar la última campanada, el escribano declaró: Que no habiéndose presentado ningún otro heredero, y cumpliendo la voluntad del testador, correspondían aquellos bienes á Gabriel Rennepont, y por renuncia voluntaria de éste, mediante donación por acta escriturada, á Federico Manuel de Bordeville, marqués de Aigrigny y sacerdote. En la cara de éste, como en la de Rodin, resplandeció una alegría de triunfo. En aquel momento abrióse la puerta del salón y penetró en él Dagoberto, cubierto de heridas y apoyado en su hijo Agricol.

El soldado se acercó al abate Aigrigny—y reconociendo en él al coronel que había preso al general Simón en otro tiempo—le llamó infame y mal sacerdote, acusándole de haberse valido de medios inícuos para despojar de su herencia á las hijas del general Simón y á la señorita Adriana de Cardioville, teniendo secuestradas á las primeras en un convento, y á la segunda encerrada como loca en un manicomio; luego dirigiéndose á Gabriel, le dijo que aquellas eran sus parientas; éste, por su parte estaba aterrado, pues veía que por haber hecho donación de sus bienes, despojaba ahora á los suyos de lo que les pertenecía. Cuando el soldado se enteró de que ya estaba hecha la declaración de heredero á favor de Gabriel, y de la renuncia de éste á los bienes, protestó del acto; pero el escribano dijo que había obrado en justicia, y que solo cabía reclamar, promoviendo un pleito largo y costoso.

Agricol sacó la consecuencia entonces de que por haber hallado entre los papeles de Gabriel la medalla y las noticias que á ella se referían, y que sin duda su madre entregó al confesor, era por lo que, creyéndose que algún día llegaría á ser rico, aquellos jesuitas se habían interesado por Gabriel, y con engaños le habían obligado á ser sacerdote, y á que ingresando en su Compañía, renunciase á los bienes que pudiese adquirir. Aquello fué un rayo de luz para Gabriel, que quiso revocar la donación hecha; pero Aigrigny, Rodín y el escribano, le hicieron ver que era imposible con arreglo á la ley revocar lo que no era revocable.

Dos personajes más llegaron en aquel momento, Jaringhea que había logrado evadirse y venía en representación—sin que él lo supiera—de Dalma, y el padre del general Simón, que traía la de Mr. Hardy, que se enteraron de lo ocurrido y de la inutilidad de reclamar.

El escribano, cumpliendo de buena fé con su cometido, dió posesión de los bienes al abate Aigrigny, y Rodín se apoderó de la caja de cedro en que aquellos estaban. La tristeza y desesperación de los demás era inmensa, y sobre todo la de Gabriel. En aquel momento sucedió una cosa extraña; abrióse la puerta de la habitación, dentro de la cual había sonado el reloj, y apareció una mujer joven y hermosa que se acercó á un mueble del salón, abrió por medio de un resorte un cajón, y sacando de él un pergamino enrollado y sellado, se le entregó al escribano, desapareciendo después por la puerta del vestíbulo.

Todos quedaron asombrados de aquella aparición, y en especial Gabriel, que reconoció en aquella mujer á la que en una ocasión que

iban á darle muerte unos salvajes de las montañas peñascosas de América, donde predicaba las misiones, debió el salvar la vida. El asombro de los demas consistía, además de lo extraño de aquella aparición, en que aquella mujer aparecía en un retrato que había en el salón, donde llevaba ya pintado siglo y medio al lado del retrato de un hombre joven, alto y de cejas negras y unidas entre sí, en el que Dagoberto había reconocido al salvador del general Simón, y portador de las noticias de éste á la madre de Rosa y Blanca.

Aprovechándose de aquel asombro Rodín, había intentado marcharse con los valores; pero había sido visto por Samuel, que le interceptó el paso, y le dijo que mientras no se supiese el contenido del pergamino que acababan de entregar al escribano, no permitiría que saliese nadie de allí; y habiendo éste abierto el rollo, aquél se vió que era un codicio, por el que Mr. Mario Rennepont aplazaba hasta 1.º de Junio del mismo año las disposiciones de su testamento; pero sin cambiarlas, ordenando que los fondos quedasen en poder del depositario, y la casa fuese nuevamente cerrada. Todo lo cual hizo cumplir el escribano con gran alegría de todos, que recobraron esperanzas, á excepción de Aigrigny y Rodin, que se fueron abatidos y desesperados, en especial el primero, y montando en un coche se dirigieron al palacio de Saint-Dizier, donde contaron á la princesa lo ocurrido, después de lo cual el abate Aigrigny ordenó á Rodín que escribiese en seguida á Roma anunciando el fracaso del asunto, en el que ya no había que pensar más; pero el secretario del abate enseñó á éste un papel escrito, por el que el general de la Orden destituía á Aigrigny de representante en Francia de la Compañía, y nombrada á Rodín para ese puesto, cuya destitución tenía éste para en el caso de que el asunto fracasase. Rodín perseguía un fin secreto, por el que tenía interés en sacar á flote el asunto de las medallas, y escribió á Roma, comprometiéndose á llevarle á cabo.

XIII

Cambiando Rodín por completo de táctica para conseguir apoderarse de los millones de Mario Rennepont, lo primero que hizo fué denunciar al doctor Belainier y al abate Aigrigny, ante el magistrado juez, al primero como cómplice de tener encerrada como loca á Adriana de Cardoville, y al segundo como instigador de ello y como causante del secuestro en el convento de las hijas del general Simón, lo que hizo con objeto de inspirar confianza á sus víctimas.

Mediante esta estrategia, apareció como libertador de Adriana de Cardoville, que fué puesta en libertad á los dos días; devolvió á Dagoberto las hijas del general Simón en presencia de éste, que había llegado á París, y consiguió captarse la simpatía de Adriana, que le tomó por

confidente y la sirvió de intermediario para instalar al príncipe Djalma, con arreglo á su rango, pero en nombre de un amigo desconocido; Gabriel, que se había separado de la Compañía de Jesús, ejercía su misión como sacerdote en una pequeña aldea.

La *Fibosa* había pasado á ser secretaria de la señorita de Cardoville, y era la única que sospechaba de Rodín y desconfiaba de él. Tendidas las redes, y conseguido su primer intento, veremos cómo maniobró Rodín para ir anulando definitivamente á todas las personas interesadas en el asunto de las medallas. A Mr. Hardy, después de promover un motin de obreros de otras fábricas que le incendiaron la suya, destruyéndosela por completo, le hizo conocer Rodín que su amigo más querido le había traicionado vendiéndole, y además, la amante que tenía había sido obligada por su madre á separarse de él sin despedirse. Todos estos hechos anonadaron á Mr. Hardy y le hicieron recluirse en la casa de los jesuitas, haciendo á estos donación de sus bienes, falleciendo poco después.

Duerme en cueros, ó sea Santiago Rennepont, que había sido libertado de su prisión por Adriana, había sido inducido por Morck, que se encontraba en París, á hacerse bebedor de aguardiente, muriendo abrazado en medio de la calle en brazos de Cefisa, que llegó solo á verle morir.

Entre Adriana y Djalma, á quienes había hecho que se enamorasen uno de otro, suscitó la pasión de los celos, aprovechándose de la vehemencia de su carácter, y por medio de Jaringhea, á quien Rodín asoció á sus proyectos, hacía ver al príncipe que Adriana para corresponderle, necesitaba que la diese celos con otras mujeres, y al hacerlo así, Djalma atormentaba á la joven, que se creía desdefnada de su primo, logrando con estas intrigas, el que desesperado el príncipe se envenenase, y al verle Adriana moribundo, se envenenase también, muriendo juntos.

Blanca y Rosa, las hijas del general Simón, aprovechándose Rodín de la terrible epidemia del cólera que se desarrolló en París, y de haber caído atacada la mujer que cuidaba de ellas y llevada al hospital, hizo que instigasen á las niñas á ir á ver á la infeliz colérica, y las dos hermanas fueron atacadas del cólera, falleciendo en pocas horas. Rodín, por su parte, fué el primer caso del cólera que se registró en París, pero consiguió curarse, acaso por aquello de que «cosa mala nunca muere».

Faltaban ya pocos días para el 1.º de Junio, y solo quedaban vivos Gabriel y el general Simón, éste, como heredero de sus hijas, tenía derecho á la herencia de Rennepont; pero empezó á recibir anónimos censurándole, porque dejaba sin castigo al antiguo marqués de Aigrigny, hoy abate, que había sido su mortal enemigo y había perseguido á sus hijas, y un día tuvieron un encuentro el general y el abate, y encerrados en una habitación, se desafiaron, matándose los dos.

Vencidos todos los obstáculos, llegó el 1.º de Junio y Rodín se encaminó á la calle de San Francisco; pero antes entró en la iglesia de la residencia de los de la Orden á oír misa; iba acompañado de otro sacerdote que le servía de secretario; al salir Jaringhea le dió agua bendita

con un hisopo, después de lo cual siguió acompañado de su secretario y del indio á la calle de San Francisco, núm. 3.

Al llegar á la citada casa penetró en ella Rodín y el otro sacerdote, quedándose Jaringhea en las inmediaciones. Samuel les hizo subir esta vez al segundo piso y entrar en una sala espaciosa que recibía la luz por medio de una claraboya, en cuyos cuatro costados, cubiertos con planchas de plomo y para dar paso á la luz, había siete agujeros en forma de cruz. La estancia tenía aspecto funerario y estaba colgada con paños y cortinajes negros con franjas blancas.

Desde que habían entrado en aquella casa, Rodín se había sentido ligeramente indispuerto, pero la indisposición aumentaba por momentos; mas repuesto algún tanto, pidió á Samuel que le entregase la herencia de Mr. Rennepont, pues los individuos restantes habían muerto y Gabriel tenía hecho, como sabía, renuncia á su favor, es decir, al del abate Aigrigny, difunto, y á quien él representaba en aquel acto. En aquel momento se descorrió una cortina, detrás de la cual estaban los cadáveres de Santiago Rennepont, Mr. Hardy, el príncipe Djalma, Adriana y los de las hijas del general Simón, y Samuel acusó á Rodín de asesino, enseñándole en el centro de la habitación la cajita de cedro que contenía los valores, los cuales ardían completamente, sin que Rodín pudiese apagar aquel fuego. Toda su codicia, todos sus afanes quedaron allí convertidos en humo; la herencia de Rennepont se le escapaba de entre las manos; Samuel cumplía al quemar aquellas instrucciones recibidas. El secretario de Rodín entonces le presentó un papel en que le destituían; pero éste presentó un despacho que había recibido aquella mañana de Roma, en que le notificaban haber sido elegido general de la Compañía de Jesús. Ese era el verdadero fin que había perseguido Rodín toda su vida; pero tampoco se le logró, pues la indisposición que sentía fué en aumento, y al poco rato caía muerto entre las víctimas.

Jaringhea le había envenenado al darle aquella mañana el agua bendita, por temor á que el querer ser jefe de la Compañía fuese para destruirla, lo que no convenía al indio, pues decía que para él la Compañía reemplazaba á *Bohwanía*, y obedeciendo además instrucciones recibidas de Roma.

Después de lo ocurrido, solo nos queda decir que Gabriel, Dagoberto, su mujer y su hijo, que se había casado y tenía ya un niño, así como la *Fibosa*, vivían, después de repuestos de los disgustos pasados, dedicados á las faenas agrícolas en una granja. La felicidad parecía reinar en sus corazones, á juzgar por sus semblantes, y la paz en sus almas.

 FIN DE LA HISTORIA 

HISTORIAS EN VENTA

- Historia de Jesucristo.
Aladino ó la lámpara maravillosa.
Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno.
D. Pedro el cruel, rey de Castilla.
Carlo-Magno ó los doce Pares de Francia, en verso.
La Virgen María.
Los siete niños de Ecija.
Simbad el marino.
Luis Candelas Cagigal.
El caballo de madera.
Pierres y Magalona.
Diego Corrientes.
Lyderico, primer conde de Flandes.
Oliveros de Castilla.
Un cura de aldea.
Flores y Blanca-Flor.
El ladrón de la corte.
M.^a Stuardo, reina de Inglaterra.
Viajes de Robiasón.
La selva encantada.
El verdugo de Toledo.
Flor del Valle ó la cruz del abismo.
Guerra de Filipinas, en verso.
Narraciones curiosas de estas luchas hasta su terminación.
El barquero de Cantillana.
El judío errante.
La puerca cenicienta.
La inquisición ó Cornelia.
La hermosa de los cabellos de oro.
La doncella Teodora.
El robo de Elisa.
- Ana Bolena, reina de Inglaterra.
Siete infantes de Lara.
Subterráneos de la Alhambra.
Pablo y Virginia.
Los amantes de Teruel.
Guerra de Cuba, en verso. Primera parte.
El fantasma verde.
La enterrada en vida.
El toro blanco encantado.
Roberto el Diablo.
Tablante de Ricamonte.
La redoma encantada.
Jaime el Barbudo.
Don Pedro de Portugal.
Santa Genoveva.
El general Prim.
José María el Tempranillo.
Aventuras de Colón.
Abelardo y Eloisa.
Historia de Martínez Campos.
Guerra de Cuba, en verso. Segunda parte.
Don Juan Tenorio.
El gran capitán D. Gonzalo de Córdova.
Don Fran.^o de Quevedo Villegas.
La guerra de Africa, en verso.
El zapatero y el canónigo.
Merlín ó la voz misteriosa.
Los hijos de Eduardo.
San Alejo, rey de Inglaterra.
San Amaro y santa Lucía.
Mamed Casanova (a) Toribio.
Rosaura la del guante.
Doña Josefa Ramírez.

NOTAS

Este establecimiento, que data desde 1850, se ocupa del envío de pedidos á todas las provincias de España y Ultramar.

Se remiten los envíos á provincias, previa libranza sobre Correos.

Los pedidos que se hagan sin remitir el importe, ni se mandan ni se contestan. Atendiendo á las muchas cartas donde se exige contestacion, traerán estas dentro un sello de franqueo, si no tampoco se contestan.